

ABECEDARIO
DE
PÓLVORA

YORDÁN RADÍCHKOV

TRADUCCIÓN DEL BÚLGARO Y NOTAS
DE VIKTORIA LEFTÉROVA
Y ENRIQUE GIL-DELGADO

PRÓLOGO DE VIKTORIA LEFTÉROVA



TÍTULO ORIGINAL: *Барутен Буквар*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avda. Mediterráneo, 24, esc B - 1ºA, 28007, Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Dimitar Yordanov Radichkov & Rosalia Yordanova Radichkova.
© de la traducción, Viktoria Leftérova y Enrique Gil-Delgado, 2014
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2023
© de la ilustración de cubierta, Natalia Zaratiegui, 2023

ISBN: 978-84-15509-89-9
DEPÓSITO LEGAL: M-18496-2023

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: septiembre de 2014
Segunda edición: junio de 2023

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

ÍNDICE

PRÓLOGO — 7
LA CAPA — 17
EL CARRO — 37
EL DOS CIGÜEÑAS — 53
EL CHICO — 69
ABECEDARIO DE PÓLVORA — 79
EL PAN — 95
PIEDRAS — 111
MILOIKO — 123
UN REMOTO RINCÓN DE PROVINCIAS — 137
LOS NIDOS DEL AÑO PASADO — 145
EL MARCHO — 157
LA ABUBILLA — 169
TEATROS AMBULANTES — 185
<i>STANTSJA</i> (EL POBLADO COSACO) — 191
PELEONES — 201
MIS AÑOS MOZOS — 209
TIEMPOS ÉPICOS — 215
EL SOLDADITO — 221
RECUERDOS TARDÍOS — 231
UN HOMBRE APACIBLE — 237
PEQUEÑO EPÍLOGO — 243

A MODO DE INTRODUCCIÓN

«Nací en el pueblo más bonito del mundo: Kalimánitsa, situado en la que fuera antiguamente la comarca de Berkóvitsa. Al oeste del pueblo se ubican las montañas. Una tras otra, sus cumbres se alzan de puntillas para contemplar mi pueblo. Si bien el pueblo ya no existe, porque hace tiempo que cedió su lugar a la nueva presa Ogosta, las montañas siguen alzándose de puntillas, dirigiendo la mirada hacia el pueblo sumergido bajo el agua... Nuestro pueblo contaba con un centenar de casas y quinientos habitantes. Casi todos los patios tenían un pozo y en cada uno de ellos habitaban varios vampiros de agua, duendes y espíritus; recordándolos ahora, creo que éramos los campeones del mundo en materia de vampiros de agua, duendes y espíritus. Debo señalar que, si bien las montañas oteaban el pueblo, yo a mi vez las contemplaba también, lo mismo que las miraba la urraca a mi lado. Las urracas abundaban en mi tierra; creo que en términos de urracas también éramos los campeones. Recuerdo que mientras estábamos en la escuela, atendíamos bien poco al profesor que escribía en la pizarra y, en cambio, nos distraíamos mucho viendo a las urracas volar al otro lado de las ventanas, invitándonos con sus gritos a salir y jugar con ellas. Hoy puedo afirmar que, de haber sobrevivido nuestro pueblo, sus habitantes habrían elegido la urraca como insignia».

Así describía Yordán Radíchkov su tierra natal, tan fundamental en la formación de su sensibilidad artística, dejando asomar su mirada sonriente y un tanto burlona hacia la vida. Frecuentemente descrito como un «narrador vocacional» y «auténtico mago de la palabra», Radíchkov plasmó un

peculiar universo metafórico, distorsionando el costumbrismo tradicional con pinceladas de absurdo, de magia, de humor y de irreverencia. Escribió la mayoría de sus obras antes de la caída del régimen comunista búlgaro en 1989, provocando mucho desasosiego en los círculos de la crítica literaria de aquella época ante la imposibilidad de encasillarlo en una categoría estilística e ideológicamente determinada.

Yordán Dimitrov Radíchkov (1929-2004) nació en una familia humilde, en un lugar sin duda especial, enclavado entre los majestuosos picos de los Balcanes y las llanuras del brumoso Danubio del noroeste de Bulgaria. Esta fascinante región, quizás por su aislamiento, ha sido capaz de preservar su identidad material y espiritual por más tiempo, siendo una fuente de inspiración constante para el autor. Reconoceremos las facciones de sus montes y sus bosques, de sus pueblos y sus habitantes —ya sean reales o mágicos—, una y otra vez en la obra del escritor. Sus impresiones sobre la naturaleza y la vida campesina se completarían durante sus viajes como periodista entre los años 1951-1959 por las regiones rurales de Bulgaria, cuando comenzó a trabajar como corresponsal para *Narodna Mladézh* (*Juventud Popular*, el periódico oficial de la Juventud Comunista), para la región de Vratsa y más tarde como editor en *Vécherni Novini* (*Las Noticias de la Tarde*, 1955-59), donde inició su carrera como escritor publicando varios cuentos breves. Sus años como periodista fueron la auténtica escuela de Radíchkov, y le sirvieron para recopilar numerosas observaciones directas que posteriormente reflejaría en sus obras. De ahí que la poética de los cuentos de Radíchkov se aproxime tanto a las técnicas narrativas populares. De esta forma explica el autor su evolución: «El sueño de todo periodista, después de haber escrito un artículo, es escribir un reportaje más extenso; a continuación, encontrar en este reportaje un lugar en el que añadir discurso directo. Si se topa con una historia más significativa, con más fuerza, ya considera que puede escribir

un cuento. Así que todo periodista es un escritor en potencia; es decir, cada uno lleva el bastón de mariscal en su mochila: alguno lo saca antes, otro más tarde, aunque hay bastones que permanecen para siempre en la mochila».

Si bien sus primeras obras, *El corazón late para las personas* (*Surtseto bie za hórata*, 1959), *Manos humildes* (*Prosti rátsé*, 1961) y *El cielo invertido* (*Obárnato nebé*, 1962), fueron escritas en un tono lírico-descriptivo más convencional, Radíchkov pronto adoptó un nuevo estilo parabólico. La publicación de las colecciones *Humor feroz* (*Svírepo nastroenie*, 1965), *Acuario* (*Vodoléi*, 1967) y *Barba de chivo* (*Kóziata bradá*, 1967) tuvieron el efecto de una pedrada en las aguas tranquilas de la crítica literaria nacional debido a su interpretación irónica y grotesca de la realidad. La audaz mezcla de fantasía y sabiduría folclórica en unas obras que carecían de un claro protagonista portador de la ideología del proletariado, fue acogida con hostilidad oficial, a diferencia de la recepción cordial por parte del público. Los críticos, con cierta precaución y confusión, realizaron valoraciones muy conservadoras, e incluso hubo quien acusó al autor de escapismo, primitivismo, oscurantismo y de vacío intelectual. Habría que señalar que tras la instauración del régimen comunista en el año 1944, la literatura, junto con el resto de las expresiones artísticas en Bulgaria, fue sometida a una fuerte reorganización ideológica y puesta al servicio de las metas políticas del nuevo poder. Las nuevas reglas eran muy tajantes y giraban en torno al protagonismo de la clase trabajadora y al «fidel reflejo» de la «radiante» realidad socialista. Incluso después de la muerte de Stalin en 1953, seguida por la tímida apertura del país a la literatura occidental, en la Bulgaria de los años 1960 el realismo socialista seguía encorsetando toda expresión artística.

Publicados en semejante ambiente en 1969, los relatos de *Abecedario de pólvora* (*Baruten Bukvar*) supusieron una auténtica ruptura, puesto que Radíchkov encontró la manera de tratar

temas como la resistencia antifascista y la revolución socialista de 1944 sin sucumbir a la idealización simplista. Escribió una obra universal, profundamente humanista y pacifista, crítica con el poder en todos sus aspectos, en la que la guerra y los grandes cataclismos sociales se reflejan a través de la mirada ingenua de los campesinos y los niños, portadores de las emociones humanas más sencillas. Con su ironía implacable logró desenmascarar la impotencia del ejército y de la jerarquía militar, de la monarquía como institución y, en un sentido más amplio, de todo poder. Es una obra carente de grandes héroes «épicos»; por el contrario, sus páginas están llenas de personajes que se ven involucrados en los sucesos casi sin darse cuenta, actuando de acuerdo con su propio código moral, siendo perseguidos por sus miedos y sus inseguridades. Según explica el propio Radíchkov: «(...), puse el título de *Abecedario de pólvora* a una de mis colecciones de relatos, ya que sus historias son de la época de los abecedarios, de la gente casi iletrada. Sus personajes son, por así decirlo, de “parvulario”: están aún aprendiendo a deletrear su primer libro de texto. No han pasado por la secundaria o la universidad para poder abrazar teóricamente una idea, sino que se adhieren a ella guiados sobre todo por su intuición y sus emociones. Puesto que los tiempos eran así, de pólvora, llegué a este título. Creo que es el que mejor se identifica con los relatos».

Los críticos, al parecer, respiraron aliviados, porque vieron una oportunidad de redimir al díscolo escritor y cómodamente proclamaron su *Abecedario de pólvora* como un canto a la lucha antifascista y al héroe anónimo: una visión bastante alejada de la realidad. Los relatos son todo menos políticos y partidistas. Por sus páginas desfilan acontecimientos desde la Primera hasta la Segunda Guerra Mundial; las «autoridades», siempre anónimas, podrían fácilmente referirse a cualquier poder. En líneas generales, la realidad política marcó la obra tal vez menos que la calidez y la sabiduría desenfadada,

la preocupación por los valores humanos e incluso la ruptura de la íntima relación entre el hombre y la naturaleza. El propio Radíchkov confiesa en una entrevista: «No me gusta expresarme de manera directa. Escribiría las mismas cosas de la misma forma bajo cualquier otro régimen político. Algunos críticos decidieron que me había inspirado fuertemente en el folclore búlgaro. Es cierto, todo lo que he escrito está marcado por mi tierra natal. Pero no es menos cierto que en su época aquello que escribía no siempre era comprendido en Bulgaria. A veces obtenía críticas muy duras. Tuve que esperar a que fuesen traducidos los libros de Gabriel García Márquez, para que mi trabajo tuviese plena aceptación».

La mezcla de lo fantástico y lo real, tan propia de la obra de Radíchkov, ha sido motivo para que se le comparase en numerosas ocasiones con el escritor colombiano. Sin embargo, se trata de un estilo literario genuinamente personal que hunde sus raíces en la tradición de la narrativa oral del Este, que es una forma de transmisión cultural al tiempo que un arte, con sus propios principios estéticos. Radíchkov estuvo en contacto con esta tradición desde su infancia, hasta el punto de integrarla como una parte esencial de su propio estilo. De allí su particular tono digresivo, las variaciones sobre la misma historia, el lenguaje popular aparentemente sencillo, pero muy sugerente y expresivo, el amplio uso del diálogo «reproducido» para transmitir los sucesos. Radíchkov se aproxima hasta tal punto a sus personajes que se disuelve en ellos, desapareciendo por completo su figura como narrador externo.

Aunque parezca contradictorio, la íntima relación del escritor con su tierra natal, con las tradiciones locales, con el repertorio mitológico popular —ya fuera este pagano o cristiano—, y por ende, con los valores humanos más palmarios, ha cristalizado en una obra de vocación universal, capaz de demostrar que el mundo que compartimos nos es mucho más

familiar de lo que sospechamos. La grandeza de *Abecedario de pólvora* es su voz atemporal: la prueba de ello es que aún hoy la palabra de su autor suena tan viva y cautivadora como hace unas décadas. El catedrático italiano Giuseppe dell'Agata —célebre filólogo eslavista—, supo reflejar esta virtud mejor que nadie: «Radíchkov no solo es un gran narrador individual, sino también es el representante de una gran cultura europea. Es el embajador perfecto para esta misión: si bien sus raíces se hunden en el pasado de Bulgaria, él es capaz de apelar a los corazones de los italianos, de los europeos, de la gente del mundo entero, y siempre ser correspondido».

Viktoria Leftérova, 2023

ABECEDARIO
DE
PÓLVORA

YORDÁN RADÍCHKOV

TRADUCCIÓN DEL BÚLGARO Y NOTAS
DE VIKTORIA LEFTÉROVA
Y ENRIQUE GIL-DELGADO



LA CAPA

Todo el ganado que recorre nuestros montes es de raza pequeña: los animales grandes difícilmente subirían por los senderos de cabras. Las ovejas que tenemos no dan más que cuatro gotas de leche. Por la esquila, en primavera, también dan más o menos eso: cuatro puñados de lana. La hierba es tosca y rala. Los rebaños han de pasarse el día escarbando. Desde que soy persona y tengo memoria, así es nuestro ganado. Como dice el Dos Cigüeñas: «Esto no es Alemania, donde crían ovejas como elefantes».

Sin embargo, hace algún tiempo que trajeron esa oveja de cara negra, la de Pleven.¹ Tiene un morro alargado como de caballo y patas grandes, al igual que sus pezuñas. Nosotros creíamos que, al empezar las lluvias, sus pezuñas se pudrirían en el barro y que contraería la fiebre aftosa. Las lluvias llegaron, los caminos se cubrieron de barro, la oveja de cara negra de Pleven se hundía en el barro hasta las rodillas, si bien sus pezuñas resultaron ser más fuertes que la piedra; no le dio ninguna fiebre. Poco a poco la gente empezó a renovar los rebaños. Yo tenía algunas cabezas de las ovejas de antes, las vendí y compré de la raza de Pleven. La cara la tenían negra y las ubres también (aunque eran tan grandes como si fueran de cabra), pero su lana era blanca. Solo una de las ovejas era parda.

Al llegar la temporada de esquila, mi mujer me dijo: «Lázaro, ¿por qué no apartamos un vellón pardo y otro blanco para hacerte una capa? ¡Ya eres mayor, a tu edad no puedes ir

1 Pleven es una ciudad situada en la parte septentrional de Bulgaria.

sin capa!». Pues llevaba razón, de joven no parece adecuado llevar capa, pero a cierta edad uno no puede pasar sin ella. La verdad, yo ya tengo mis años: recuerdo dos terremotos y un eclipse solar.

De modo que apartamos el vellón de la oveja parda junto con otro más. La parienta hiló la lana, montó el telar y tejió un paño grueso a franjas: un palmo blanco, un palmo pardo, luego otro palmo blanco... alternando así, hasta tejer lo que hacía falta para la capa. Llevé el paño al batán.

Davidko, el dueño, como es amigo mío (hicimos juntos la mili en los cuarteles de Sevlievo),² enseguida puso el paño en la cuba. «¿Es para una capa?», me preguntó. «Sí, para una capa —le dije—, ya tengo edad, ¿no puedo seguir sin una!». «Que sepas —me contestó Davidko—, que esta lana es perfecta para hacer capas. La oveja de antes no servía: ya podía yo batanarla como fuera, que no conseguía compactarla. En cambio, esta de la cara negra, con meterla un poquito en la cuba enseguida se apelmaza. ¡Incluso se podría llevar agua en el paño abatanado desde aquí hasta el monte sin que se escapara ni una gota! Además, por lo que veo, tu moza lo ha tejido bien tupido». «¿Moza? —le solté a Davidko—, ¿qué moza ni qué diablos! ¡Está más reseca que una teja y tú la llamas moza! Aunque para el telar... aún vale». «Bah —discrepó Davidko—, no te creas, la mía es gorda y no es gran cosa. Demasiado gorda tampoco es bueno». «Llevas razón —le dije—, no conviene que sea demasiado gruesa, aunque siempre es mejor que sea algo gordita. Ya ves: hasta una capa, que es la cosa más simple, procuras hacerla más gordita». «Así es —asintió Davidko—, lo de la capa es cierto».

Listo el paño, me marché al pueblo vecino para localizar a un sastre, porque en el nuestro no tenemos ninguno; allí, en cambio, tienen hasta dos. Uno de ellos hace prendas más

² Sevlievo es una ciudad de Bulgaria, situada en la parte central de la vertiente norte de los montes Balcanes.

finas, más modernas, les pone solapas y todo tipo de mone-rías, mientras que el otro es un poco a la antigua usanza. Me fui a este último. El hombre me felicitó por el paño, cosió la capa y al ir a recogerla, me soltó: «¡Menudo paño, Lázaro, se me quebraron todas las agujas! ¡Es que ni se dejaba clavar la aguja, ni se dejaba planchar!». «¡Ajá! Porque es de la oveja de cara negra, la de Pleven, y además Davidko es amigo mío; lo trabajó en el batán con esmero. Davidko y yo hicimos juntos la mili: compartimos por tres veces el calabozo, e incluso estuvimos bajo custodia». «Pues la verdad —dijo el sastre—, te lo ha hecho siguiendo el reglamento; yo también lo he cosido de primera, así que... quedarás contento».

Me cubrí con la capa... ¡vaya, me cayó como un guante! Una franja blanca, otra parda, una blanca... y todo ello montado como está mandado, incluso la capucha casaba bien.

Qué puedo deciros: al ponerse la capa, uno se siente más importante, hasta los andares se vuelven más graves. De vuelta al pueblo, durante todo el camino, noté que pisaba más lento y más firme; al pasar junto al batán saludé: «¡Hola, Davidko!», pero no me detuve a charlar, pues no es apropiado llevar una capa y charlar. Cuando te cubres con la capa se ha de andar despacio y hablar menos. Si te encuentras con alguien que te salude con un: «¡Buen día!», tú contéstale solo: «¡Que Dios te bendiga!». No le digas nada más, solo mira al frente. Entonces aquel pensará: «Este de la capa debe de ser un viajero, ¡a saber adónde irá y qué asuntos atenderá! No se detiene para hablar, ni se desvía del camino, sino que va hacia delante como una locomotora».

En realidad, no me dirijo a ninguna parte en concreto sino que estoy volviendo al pueblo, pero la capa me hace sentir mucho más importante... Así fue como adquirí mi capa. ¡Tanta oveja que crie y tuvo que llegar la de cara negra de Pleven para que, por fin, pudiera confeccionarme la prenda que correspondía a mi edad!

En otoño todo el pueblo suele acudir al mercado de la ciudad. Durante años me arropé con un chaquetón ajado porque el tiempo solía ser húmedo y frío, mientras que ahora camino cubierto con mi capa y me importan tres cominos el frío y la humedad. Ha nevado y la gente avanza por el camino en la nieve, llevando al mercado el ganado o bien algunos pimientos. Yo, embozado en mi capa, también atravieso la nieve con una ristra de pimientos, aunque no siento ni pizca de frío. El Dos Cigüeñas marcha a mi vera, malhumorado, a pesar de vestir un impermeable: es porque lleva a vender una puerca. (En realidad su nombre no es Dos Cigüeñas: antes se llamaba Tseko, pero estuvo un año en Alemania trabajando en no sé qué carreteras y se trajo de allí ese impermeable y unas herramientas de la marca *Dos Cigüeñas*.³ Siempre habla de esas dos cigüeñas, de ahí le viene el mote). El Dos Cigüeñas da empujones a su puerca, resoplando por la nariz y arropándose con ese impermeable que, por muy alemán que sea, se ha congelado a causa del frío y parece de hojalata, mientras que mi capa sigue como si nada: le resbalan tanto la lluvia, como el frío. «¿Sabes qué? —dice el Dos Cigüeñas—. Venderé la maldita puerca y compraré también una oveja de cara negra; la criaré y me haré una capa igual que tú. ¡Con este impermeable me cala el frío hasta en los huesos!». «Pues es buen ganado —le contesto—: da lana, leche, y además no le afecta el mal de ojo. Si supieras el mal de ojo que tenía el ganado de antes... en cambio este ya puede pastar en los prados de *samodivas*,⁴ que no le pasa nada». «Pues la criaré —jura el Dos Cigüeñas y sigue resoplando—, ¡en cuanto me deshaga de esta cerda apestosa!».

3 Se refiere al logotipo de *Robert Klaas - Ohligs bei Solingen*, la fábrica de cuchillería fina más antigua de la ciudad alemana de Solingen. Fue muy popular en Bulgaria en la primera mitad del siglo XX. El logotipo representa dos cigüeñas (en alemán, *Störche*) mirando una hacia otra y es marca registrada desde 1893.

4 Las *samodivas* son brujas o hadas del bosque, propias de la mitología eslava meridional. Tienen principalmente poderes negativos.

Lo que pasa es que nadie quiere comprarle la puerca al Dos Cigüeñas. Según la ven, le preguntan: «Oye, amigo: y ese galgo... ¿no se comerá las gallinas? ¡Mira qué colmillos tiene!». El Dos Cigüeñas empieza a sacar pecho... «¡Qué va a comerse las gallinas! Come bledos, armuelles, remolachas, en fin, todo lo que sea comida de cerdos, pero gallinas... ¡no! ¡Ni que fuera un vampiro! ¡Qué me dices!». «Pues sí que se las comerá —prosigue el hombre que se ha interesado—, con esa pinta de galgo de seguro se come las gallinas».

Luego se da la vuelta y se aleja, sin más.

Lo cierto es que sí come gallinas: les tiene tirria como si fuera un perro. Le aconsejo al Dos Cigüeñas: «Mejor máatala y véndela como carne. Tal y como está no te la comprará nadie». «Es que tampoco tiene carne —se lamenta él—. Nada más le engordan los huesos».

A perro flaco, todo son pulgas.

El Dos Cigüeñas se trae de vuelta la puerca; yo me traigo los pimientos, pero, al menos, no paso frío ni me encojo aterido, sino que piso la senda tan fuerte que la nieve cruje bajo mis pies.

Así pasé el invierno con mi capa. El que haya llevado capa, sabe lo que es; el que no la haya vestido, quiera Dios que consiga una y que compruebe por sí mismo lo que significa. ¿Que quieres buscar leña en el bosque, o bien ir al molino?... da igual: con la capa podrías ir, si fuese menester, al mismísimo fin del mundo y ni te enterarías. ¡Con menudas borrascas me he topado yo! Pero me cubría con la capucha y me importaba un bledo. Todos en mi pueblo conocen la capa, en los pueblos vecinos también la han visto; me la he puesto para ir al herrador, para varias bodas e incluso una vez para ir a la parroquia. De modo que todo el mundo sabe de mi capa y encima la he prestado en varias ocasiones. Viene alguien, por ejemplo, y me dice: «Lázaro, mira, préstame la capa que vamos a llevar

semillas a la almazara...». Tal vez no me haya venido del todo bien, pero siempre la he prestado.

Un día, temprano por la mañana, antes de amanecer, salí a segar el maizal. La parienta dijo: «Llévate la capa en el carro, hay niebla y puede volverse llovizna». La metí en el carro y para cuando llegué al campo, apenas empezaba a clarear. El maizal se debe segar pronto para hacer las gavillas mientras aún está con el rocío, porque luego, al salir el sol, las hojas se queman y se rompen. De modo que solté los búfalos junto al bosque (mi terreno linda con el bosque de Kerkez) y de pronto oí toses en el sembrado vecino. El Dos Cigüeñas había venido a lo mismo y se me había adelantado. Su hoz crujía en el maizal: ¡ras!, ¡ras! «¡Caramba, vecino! —le dije—, ¿no habrás dormido en el campo?». «Vaya, ¡si eres tú! —me contestó—. Pues yo también acabo de soltar el carro. Con la niebla que ha caído esta mañana, ¡ni me he enterado de cuándo ha salido el sol!».

Y volvió a darle con la hoz: ¡rap!, ¡rap!

Colgué mi capa en el carro, me arremangué y me hundí en el rocío a segar el maizal. La niebla se deslizaba por el suelo, apenas sí distinguía los lomos de los búfalos y el gorro del Dos Cigüeñas que, de tanto en tanto, asomaba en el terreno vecino. Por momentos la niebla se elevaba un poco, cubría el gorro y no se veía ni torta, ni siquiera el maíz, hasta que de pronto una franja se despejaba y permitía vislumbrar el bosque. Transcurrido un tiempo escuché en medio de la niebla que el Dos Cigüeñas chasqueaba algo: «chas, chas...». Estuvo así un rato hasta que exclamó: «¡Vaya por Dios!».

Se acercó y me preguntó: «Lázaro, ¿no tendrás fuego? La maldita yesca se ha mojado con el rocío». Yo tenía yesca; el Dos Cigüeñas prendió su cigarro, fumó un rato y volvió a segar. Pasamos así bastante tiempo: dale que dale con las hoces; ora yo comentando algo, ora él contando otra cosa; luego le pregunté si íbamos a desayunar y él me respondió que ya ve-

nía desayunado de casa. A mí me entró hambre y me senté en la viga del carro a tomar algo. No disponía de gran cosa, un trozo de pan y algo más; pero comí y justo cuando agarré la jarra para beber agua, de entre la niebla apareció un hombre.

Dejé el agua sin haberla probado.

El hombre tenía el dedo sobre los labios —o sea, que me callase—, portaba una carabina y una granada en el cinturón. Iba en mangas de camisa, con un chaleco todo agujereado. Al aproximarse, vi que era jovencísimo, casi un chaval, con las patillas largas, los ojos febriles, la boca toda cuarteada. Caí en la cuenta de que era uno de esos que merodeaban por el bosque. «No grite, buen hombre» —dijo el chico.

Luego me pidió pan y agua y me preguntó si podía prestarle algo de ropa. El pobre, tiritaba por la fiebre; también yo empecé a tiritar y a persignarme en mi interior. A la que me persignaba, le di todo el pan, el queso... los huevos cocidos que llevaba, también se los ofrecí; solo me faltaba la sal: la parienta se había olvidado de ponerla. «No importa —dijo el chico—, ¡me las apañaré sin sal!». «Oye, Lázaro —me llamó el Dos Cigüeñas—, ¡hace tiempo que no dices nada!». «Calla —le dije—, que me he cortado con la hoz...». «Vaya, ¿dónde?» —me preguntó aquel y enseguida le respondí que en la pierna. «Uno se puede lastimar hasta el punto de cortarse algún tendón» —escuché la voz del Dos Cigüeñas. Luego empezó a chasquear otra vez el pedernal: ¡chas!, ¡chas! ¿Y si se le ha vuelto a mojar la yesca?... «¿Tienes tabaco? —pregunté al Dos Cigüeñas—. El mío se ha acabado, ¿me invitas a un cigarro?». Me respondió que sí tenía y me levanté del carro para acercarme a su maizal, pues temía que llegara por aquí: ¡no diría nada, no diría nada!

No sentía los tallos azotando mi cara, tampoco era capaz de saborear el tabaco. El Dos Cigüeñas me contaba algo, pero yo tenía los ojos vueltos hacia mi terreno y solo rezaba para que no se levantase la niebla y el Dos Cigüeñas no viese nada.